

escritor, que se refiere a sí mismo como alguien ajeno. Esta proximidad logra que, con frecuencia, las palabras escritas logren el efecto de caja de resonancia de la buena literatura.

Merece la pena resaltar el pasaje donde habla de lo que habría sido Leopoldo María Panero si no hubiera caído en el légame de la literatura (dejando ver, en realidad, todos los caminos posibles que hemos dejado atrás al optar, al decidir, al elegir. Qué deliciosa la frase: "... se habría integrado en un grupo, en una versión apacible de la realidad"). O ese paralelismo a través del tiempo entre un Millán Astray reencarnado en la presunta plagiaria L.E. que se descolgó en una conferencia asegurando el fascismo (presunto) de Valle Inclán. Y también el aprendizaje del dolor a través del dolor y su consecuencia. O todas esas breves sentencias que J.A. deja caer de vez en cuando: "Vivir consiste en dilapidar la exigua herencia legada por un infinito número de muertos". Y esa anécdota (¿verídica?) en la que una

chica le espeta lo aburrido que debe ser, según su leal saber y entender, el oficio de escritor.

Como todo lo van a ser loas a la labor de este escritor vamos a ponerle un "pero" al menos a *Síndrome*: el abuso que J. A. hace del estereotipo de escritor maldito, un victimismo que suena a falsete, como una pose apócrifa del desengañado, del que está de vuelta de todo. No cuele. porque, en otros lados, Javier Alonso se muestra encantado de la vida de ser, de saberse, escritor.

No obstante, *Síndrome* es, por todo lo dicho, una creación cargada de ironía y buenas ideas, con un estilo, si no propio, sí digno crisol de lecturas fecundas. Otro punto de los que hablaba al comienzo, ni mayor ni menor, sino uno más de la línea (recta) que, espere-mos, siga alargándose hasta el infinito. Y nosotros que lo leamos.

Eugenio Sáenz de Santa María Cabredo



INMEJORABLE Y OTROS RELATOS

Autor: Diego Marín A.

Editorial: CELYA, colección Lunaria.

Páginas: 90.

Con la edad, uno se acaba volviendo sentimental, y cada vez aprecia y envidia de manera más hipodérmica aquello que sea la manifestación del amor, de la belleza, de la ingenuidad, de lo que no ha devenido en pasto de los escepticismos. Por eso, enfrentarse a un hecho estético que recalca una y otra vez en la expresión

sentida de los afectos, en el vitalismo desatado, en la plasmación de un ser que se ofrece por entero oculto tras biombos de personajes, aún puede deparar vislumbres que superan la mera experiencia para llegar a la existencia factible, palpable, corpórea, y de ese modo mover ¿y con-mover? el ánimo del receptor. Algo que, como quería Martí

i Pol, la poesía se presta a conseguir, ya que "qualsevol experiència és una potencialitat latent de creació que espera la dedicació amorosa i experta de la poesia per esdevenir font de coneixement".

No en vano, *Inmejorable y otros relatos* es la obra de un escritor que se curte en la poesía, ahito de palabras que expresen una existencia asumida por inmersión. Ahito de palabras y, de paso, de referencias que develen que no están tomadas al aire, sino enraizadas en un referente cultural que, convenga o no, debe salir a primer plano a saludar al espectador y convencerlo de que no hay nada nuevo sobre el papel. Y es que *Inmejorable*, como conjunto de relatos, está constituido por instantáneas que reflejan un acontecer cotidiano que, sin embargo, llama la atención del observador narrador, dotado de una insólita capacidad para abstraerse y contar su vida y la de los personajes con los que sin duda vive y convive, a los cuales siente cercanos y que comprende como a sí mismo ¿mucho, poco o nada?, y cuyos defectos asume como propios. Así, de próximo todo se torna evidente hasta el punto de que una noche es de verano por ser de verano, y donde la falta de imaginación provoca más de una tirantez y de una gélida parálisis en la relación interpersonal.

Ahí radica la juventud del autor: todo llama la atención, desde una música añeja ¿músicas por doquier? hasta las minucias de la relación sexual que trata de hacerse amorosa, sin llegar a cuajar; la torrentera de situaciones adquieren todas y cada una valor sustantivo, y el intruso lector queda abrumado por percibir que nada ha sido sustraído, que en alarde de largueza ni siquiera lo superfluo ha merecido ser postergado. El flujo verbal se une de tal modo a los múltiples flujos que empantanar las correrías de los protagonistas de la narración.

Acaso el lector poco afecto por un tipo de obra excesivamente espontánea, excesivamente consciente de su retórica, no pueda evitar contemplar estas narraciones como un monumento epigonal a un modo malencarado a la par que cómplice de enfrentarse al mundo, de concebir que entre la realidad y la vulgaridad las distancias se acortan, lo que, como señala el texto de contraportada, define un periodo arrumbado pero latente. Difícil es no evocar historias de antros cargadas de nocturnidad y alevosía, con que Prado, Mañas, Loriga, Casariego y una

selecta cohorte trataron, con fortuna dispar, de enseñar al inopinado transeúnte de las letras que esa realidad cabía en el texto ¿aunque mejor sería decir que cogía en el texto? Marín, aventajado discípulo, no oculta su in-flujo, al que añade el de los poetas de un realismo sucio, como Wolfe o, sobre todo, David González, en el estalaje compuesto de motivos personales convertidos en reflejo del individuo cualquiera, de un yo identificado, tal vez con demasiada premura, con el tú. Pero más allá de buscar intertextualidades, tradiciones e influencias, que el mismo autor se encarga de recordar, lo que queda de la obra de Marín A. en el lector circunstancial es la entrega visceral, sin disimulos, de sus virtudes y defectos, de sus fallas y logros, las mismas que asumen los estordidos, asobinados y al tiempo orgullosos y altaneros personajes, que hacen de los relatos, que no desbaratamos para alivio del lector de reseñas que pretende algo distinto al resumen solapado, un marco idóneo para descubrir cómo las etapas de una vida se superponen pese a su corto recorrido, y que, quién sabe, tal vez la edad sea bálsamo suficiente para atemperar estas pasiones tan sentidas en su evanescencia.

Vida, sí. Especialmente si atendemos, desde la generación del texto como confesión de una experiencia, a su carácter heterogéneo, hábilmente compactado por manos ajenas a las del factor en una empresa troyana de disimulo e ilusión impagables. ¿Y la literatura? Sembrada acá y allá, entre las piedras y zarzas o caída en la tierra fértil, siempre al servicio de la voluntad tiránica del fabulador *malgré lui*, para sustentar un artificio en el cual problemas inherentes a la juventud que derrocha Marín, como los pecuniarios ¿el vil metal, siempre?, sociales y amorosos ¿hasta convertirse el texto en un conjunto de historias de humores pre y postcoitales? trascienden y se asimilan como universales.

La obra de Diego Marín aún está por hacer. *Inmejorable y otros relatos* marca la anacrusa, el primer tiempo de una labor que sin duda hará correr ríos de tinta. Eso sí, la próxima vez, sin duda, desde la mirada afirmada por el terreno desbrozado, y con algo más de escepticismo. El tiempo es lo que tiene.

Ricardo Mora